

Al maestro, con cariño (To Sir, With Love)

Marcelo Martín
Sevilla

marcelomartin@supercable.es

El patrimonio es como un lenguaje crudo o unos percebes crudos; es muy nutritivo pero poco apetecible. La interpretación es como la acción de cocinar, hacer delicioso un patrimonio nutritivo.

Antonio Espinosa

La evidencia de estar frente a una persona que podemos encuadrar en la categoría de “maestro” se traduce, para quienes disfrutamos todavía del placer de aprender, en la capacidad que poseen sus palabras de generar debate. Tal el caso del segundo documento invaluable del maestro Aldridge, en el anterior *Boletín*.

Nada más lejano de mi intención que entablar una controversia. Lo que me movió a releer, pensar, reflexionar y ponerlo por escrito está implícito en la calidad de su escrito, en mi particular sentido del valor de las corrientes de pensamiento y en llevar casi veinte años de intentar entender algunas de las miles de paradojas que nos suponen vivir en una o más culturas paralelamente.

No comparto en absoluto la idea de criminalizar una corriente de pensamiento como la producida por un sector de la intelectualidad anglosajona en ambas orillas del Atlántico (EE.UU.-Europa) durante el último tercio del siglo XX, que dio en llamarse *Postmodernismo*, hoy en un silencio paradójico después de tanto ruido producido.

Las ideas que permitieron ciertos niveles de ruptura con los aspectos menos valiosos de lo que dio en llamarse el Proyecto Moderno, que concluye en el siglo XX con la crisis de la ciencia clásica, las dos guerras mundiales, la descolonización, el desarrollo de las nuevas tecnologías, la amenaza ecológica y la aparición de una sociedad de masas y de una cultura

refractarias a los grandes ideales de la Ilustración, no pueden reducirse con tanta virulencia a cuatro apartados algunos de los cuales no son producto de la “condición posmoderna”, como dejara patentizado Françoise Lyotard, sino efectos indeseables de un capitalismo agresivo que no ha cejado ni un ápice en sus objetivos.

Y podemos agregar más a los condicionantes de dicha condición posmoderna: “la dispersión y la pérdida de territorialidad de la producción (deslocalización), la erosión de las soberanías nacionales y de sus políticas exteriores, el auge de las lenguas vernáculas, la disolución de la conciencia nacional unitaria, la fragmentación de la experiencia humana en papeles múltiples e inconexos, el relativismo moral, el incremento de los separatismos, la aparición de los fundamentalismos, el crecimiento espectacular de la inseguridad y el terrorismo, la descomposición de la URSS, el aumento de las sectas y, en cierto modo, el propio desarrollo del posmodernismo...”¹

En particular, en cuanto al *antiarte*, fue Susan Sontag (citada más tarde en su texto, maestro) quien, con su ensayo de 1965 “Contra la interpretación”, influyó decisivamente en la configuración del posmodernismo. No creo que pueda leerse dicho ensayo de forma literal en cuanto la interpretación como disciplina, lo verdaderamente importante era el concepto de una nueva sensibilidad, el cuestionamiento a la exigencia de atenerse a un contenido, un significado y un orden, la prioridad de la erótica sobre la hermenéutica. Con acierto y desparpajo la Sontag hablaba del desprecio y la antipatía que los intelectuales modernos sentían por la masa. El resultado fue la pluralidad, menos seria y respetuosa con la tradición y eso, en cierto momento de nuestra cultura, es aire fresco. Lo siento señor Aldridge, no quiero polemizar pero disfruto como loco con Fluxus, con Jannis Kounellis, con Joseph Beuys, etc.

Me pasé muchos años escribiendo en contra de lo banal y superficial del posmodernismo, sobre todo en arquitectura, que era mi disciplina básica de trabajo. Hasta que comprendí la diferencia entre las ideas y el espíritu de la época que me tocaba vivir. Por un lado lo posmoderno era, sin lugar a dudas, el pastiche, el juego de los estilos y formas de otras épocas, la ironía y el cinismo; los “posmos” bellos y hedonistas dejaron de soñar con cambiar el mundo y decidieron dejarlo como estaba y disfrutar de su dorada decadencia mientras durase. Pero también sabía que pensar bien y leer bien consistiría de allí en adelante en oponerse a la tiranía de las totalidades, totalitarismo en potencia. Fue también (lo siento) un estallido intelectual “que había hecho saltar por los aires la idea moderna de la razón y su sujeto, en cuanto garantes de la unidad de la cultura”².

Hedonismo e irresponsabilidad junto a una relectura de la historia, a una revalorización de todo lo que había sido olvidado por los grandes relatos históricos universalizadores y homogeneizadores del conocimiento. Valía la pena, maestro, se lo aseguro como latinoamericano.

El insoportable de Braudillard, que acabaría denostado y olvidado por posmoderno, agregó una categoría más al valor de los objetos de Marx, el de uso y el de cambio, el valor del signo, eso que significa aún hoy el que confiere prestigio y simboliza la posición social de las personas. Intento de integrar economía política, semiología y estructuralismo, el centro de gravedad se desplazaba de los bienes materiales a los signos que lo representan y eso, mi querido maestro, no es moco de pavo. Aparecen así las minorías marginadas y la micro esfera de la vida cotidiana.

Estuve y estoy con usted en contra de la disneyización y el infantilismo cultural, sobre todo el que exportan los estadounidenses; y acabé denostando al pobre e inteligente Braudillard y sus simulacros y excesos intelectuales que le valieron tal repudio. Le dejo una cita preferida del francés: “La posmodernidad es el intento –tal vez desesperado– de alcanzar un lugar donde uno pueda vivir con lo que queda. Más que otra cosa, se trata de una supervivencia entre los restos... Todo lo que queda por hacer es jugar con los fragmentos. Esto es lo posmoderno...”

No quisiera relacionar fragmentos con vestigios ni vestigios con Patrimonio...

En muchas cosas estoy con usted: mientras más información, menos significado. Me pregunto cuánto consideramos los intérpretes la capacidad de la audiencia para interpretar lo que se le dice. No es tan fácil despachar con una acusación de nihilismo la compleja y original condición posmoderna.

La posmodernidad no es intrínsecamente perversa; en todo caso los neoliberales aprovechados, que a la sombra de la Thatcher hicieron sus negocios privatizando la educación, la sanidad y la conservación del patrimonio. Tan universalmente lógico y exportable incluso a las dictaduras sudamericanas que en su soberbia le declararon la guerra a la Dama de Hierro.

¿Se acuerda de la película *If*, la de *Un Hombre de Suerte*?

Dudo mucho que la “rentabilización de la cultura” sea un epígrafe achacable a los posmodernos. Más bien tiene que

ver con el triunfo de la nueva economía capitalista, el *posfordismo*, con la anteposición del consumo hedonista al heroísmo de las grandes causas; la comunicación, la eficacia y el rendimiento, en perjuicio de las relativas al valor intrínseco de los conocimientos y las nuevas tecnologías, legitimación última de la sociedad posindustrial, cuando en realidad lo que han hecho hasta ahora (además de volver locos a los diseñadores de medios interpretativos no personales) es ensanchar las desigualdades entre los pueblos. Hicieron de la ciencia y la tecnología el motor del cambio social, y de la *information management* algo así como aplicar las técnicas de dirección de empresa a la educación. Así nos va. Y a todo esto se opusieron los frívolos posmodernos.

Y para finalizar, lo mejor que nos deja la condición posmoderna. Su aporte a la Historia que, más que llegar a su fin como nos dice Fukuyama, se ha hecho añicos. Permítame un cuentito al estilo intérprete del patrimonio:

Vanidad, tan femenina ella, se miraba extasiada frente a su espejo de mano. Un temblor de su pulso, generado quizá por una excesiva arrogancia, hizo que el espejo cayera al suelo y se partiera en mil fragmentos. Cada uno de ellos reflejaba esquilas de su rostro y de la realidad que habitaba a su lado. Sorprendida contempló miles de nuevas diminutas visiones de un mundo hecho pedazos pero engañoso y fascinante. El todo ya no lo era, la realidad había estallado, los ángulos de reflexión infinitos.

Vanidad alucinaba ante una diversidad que multiplicaba su existencia, aún fragmentada, en miles. Pensó que la historia se había detenido. Frente a ella eran ahora miles de pequeñas historias las que conformaban la nueva realidad. Sintió vértigo de pensar en que ya no era una Vanidad, sino muchas formas de Vanidad. No tendría que pensar ya en su mundo ideal, ahora había muchos mundos por explorar que podían contener, cada uno de ellos, el recuerdo de la Utopía, del destino genial.

Lo que se manifestaba ante si no era solo la fragmentación de una Vanidad, sino un verdadero espectáculo de Vanidades. La Verdad yacía hecha añicos frente a sí misma, suplantada por la incertidumbre de la diversidad. La objetividad que brindaba su único espejo dejaba paso ahora a la subjetividad de cada objeto reobservado.

La razón liberadora, que asistía a Vanidad frente a su espejo unitario, fue suplantada por los dulces fantasmas que arrojan nuevas luces sobre los

misterios liberados con la ruptura de esa razón.

Vanidad concluyó que esa fuerza liberadora de su antigua razón escondía cierto autoritarismo que se siente al creer poseer la verdad. ¿Cuál era ahora la verdad frente a esa multiplicidad de imágenes y sensaciones?

Vanidad creyó subir al cielo pensando que había descubierto algo trascendente. Recordó aquella historia de la multiplicidad de yoes que habitaban en ella y pensó que, por fin, había ingresado en una nueva era. Vanidad comprendió que estaba frente a una Crisis, pero no de existencias, sino de esencias. No dio crédito a su pasado, pero necesitaba pensar en el tiempo, creía que esto podía ser la clave de esta supuesta nueva era.

Porque el paso del tiempo relega al olvido, poco a poco, aquello que no está presente, y en el límite, el olvido se confunde con la muerte. Pensó que había muerto la Modernidad, así llamaba a su espejo. Pero podría suceder que se prefiera considerar muerto aquello que pesa demasiado sobre nuestras cabezas. A Vanidad le pesaba la Modernidad, y en un inconsciente acto defensivo la rompió en mil pedazos y comenzó a repensar su mundo a partir de los fragmentos. Todavía está en ello. (Sí, soy el autor aunque no se lo crea).

Es la ruptura de los grandes relatos históricos lo más importante, lo que hoy nos permite interpretar a partir de historias locales, de sitios, de mujeres, de negros, de gays y lesbianas, de la vida cotidiana, de los indios que siempre perdían en las películas yanquis, de esos indígenas australianos que, como los sudamericanos, nunca figuraron en la Historia que escribió, por ejemplo, el profesor británico Nikolaus Pevsner.

Es un gusto haberle conocido, maestro, doy gracias a los Editores por haberlo presentado a todos nosotros; tenemos muchísimo que aprender de usted, y no me tilde de posmoderno, por favor, soy un pobre hombre nostálgico del Río de la Plata que vive en Andalucía.

Un abrazo,

Marcelo Martín

Notas:

1 y 2. José Luis Pinillos, *El Corazón del Laberinto*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1997.

OPINIÓN

Galicia: un territorio con mucho por hacer

Julia González Andrade
Santiago de Compostela
tit_15@hotmail.com

Alguien dijo alguna vez que las cosas importantes de la vida suceden por casualidad. Fue así como llegué al mundo de la Interpretación del Patrimonio.

Era una lluviosa tarde de otoño y yo asistía a una práctica de una de las asignaturas de la carrera en la que se mostraba un proyecto de puesta en valor de un barrio emblemático de una ciudad gallega. Desde el inicio de la exposición me entusiasmaron las propuestas que se planteaban, los objetivos que se perseguían y, sobre todo, el convencimiento del orador acerca de que es posible otra forma de conocer, proteger y divulgar el patrimonio.

Copiando el ejemplo del que se hablaba empezó a nacer en mi cabeza la idea de que se podría hacer algo muy similar en una zona con un gran valor natural y patrimonial, pero prácticamente desconocida: la Ribeira Sacra Ourensana. Así, pues, me acerqué al profesor, le comenté mi idea y de ahí surgió un primer trabajo que sirve de base a lo que será mi Tesis de Licenciatura en Historia del Arte.

Durante la realización del mismo, tuve que analizar varios "Centros de Interpretación" de los muchos que en los últimos años han surgido en Galicia, y gracias a ello pude comprobar que la interpretación, tanto como disciplina como medio de potenciar el patrimonio, es totalmente desconocida en este pequeño rincón de la Península Ibérica.

Quienes conocemos algo de interpretación sabemos que es una disciplina que, como tal, tiene unos métodos propios y unos objetivos concretos, pero eso parecen no saberlo los encargados de la mayoría de los mal llamados "centros de interpretación".

Estoy totalmente de acuerdo con los que defienden que esta denominación